

la sociedad civil, una manera de ligarse en tanto grupo político a la sociedad y al Estado; esto es, una forma de hacer política y de concebir el lugar y el modo de utilización de aquellos elementos.

Después de todo, la pregunta por el carácter peronista del peronismo (otra vez, como régimen y como formación), aunque en sí misma parezca absurda, ha sido consustancial al movimiento. Tuvo lugar hacia el final de la primera presidencia de Perón, dado el giro hacia la ortodoxia económica; durante la segunda presidencia, con el debilitamiento del costado sindicalista por la desaparición de la figura de Eva Perón; en los años de exilio del propio Perón (1955-1973) entre las fracciones que propugnaban un «peronismo sin Perón» y las que se mantenían fieles al retorno del líder; durante el tercer gobierno, entre Montoneros y el sindicalismo ortodoxo; y hacia mediados de los ochenta, dada la aparición del movimiento renovador, que propugnaba una democratización interna. El fondo de tales diferencias era siempre cuál de las posiciones en debate era la verdaderamente peronista: no se limitaba a una discusión sobre la política a seguir (pública o partidaria), sino que cualquier preferencia siempre podía implicar el estar fuera o dentro del movimiento. Hoy, los que afirman y los que niegan lo peronista del menemismo se sitúan en un mismo nivel de análisis: ambos suponen la centralidad de una supuesta ideología peronista como identidad del movimiento.

Afirmar que existe una pervivencia de actitudes, valores y normas respecto de la política, del modo de concebirla y de ejercerla, no significa reducir la identidad de un movimiento a una única instancia, sino ver en qué estratos de los cuales ésta se compone se observa más continuidad. No se intenta afirmar que el menemismo es, sin más, peronismo por el hecho de encontrar continuidades en un plano (el de la cultura política), pues esto, en cierto nivel de análisis (en tanto proceso histórico o régimen, como se verá más adelante) equivaldría a cometer la misma reducción (ahora no economicista sino politicista) antes criticada. Sin embargo, puesto que una identidad política se conforma con diversos elementos interrelacionados, resulta interesante ver cómo algunos perviven aunque otros, y el contexto histórico que le dio vida al conjunto, hayan cambiado.

La convivencia de una cultura política con una práctica política y un contexto histórico diferentes de los que le dieron origen remite a dos posibilidades de análisis: o la cultura política es vista como una rémora condenada a la irrelevancia, lo cual equivale a afirmar que no constituye un elemento pertinente de la identidad de un movimiento político, por ser un mero derivado de lo único realmente importante, las políticas sociales y económicas; o representa un nivel más o menos autónomo, con peso específico y dotado de una lógica propia, aunque no desvinculada de lo económico-social, y

que, aun desfasada, puede enlazarse a éste para construir la legitimidad política. Esa capacidad de seguir alimentando la legitimidad y el reconocimiento de la identidad de un movimiento por la sociedad civil, incluso de políticas o programas distintos de los que le dieron origen, es lo que resulta interesante del tratamiento de estos dos niveles. Esto permite afirmar entonces que un movimiento político no se agota en esas políticas públicas, sino que es eso y algo más.

II

Pudiendo aceptar, a efectos expositivos, que el menemismo se diferencia del peronismo clásico en cuanto al tipo de políticas públicas, queda por ver si tal semejanza se reproduce a la hora de evaluar el modo de hacer y de concebir la política en cuanto tal. Algunos rasgos que definieron la práctica política del peronismo clásico reaparecen en el menemismo.

Uno de ellos es la ruptura de la continuidad del tiempo histórico-político debido a la aparición en la escena pública del líder. La división entre un antes y un después de la irrupción del peronismo es posible gracias a que el momento histórico en el cual aparece es siempre mostrado y entendido como una hora grave, de crisis profunda, la cual incluso amenaza la integridad de la Nación⁷. Para el menemismo, el núcleo de esa instancia crítica no será otro que la hiperinflación desatada en el último tramo del gobierno radical⁸. Para denotar tal hecho, Menem acuñará una frase que repetirá una y otra vez: «Me tiraron un país en llamas». No dudará en calificar aquella situación hiperinflacionaria, con su secuela de saqueos de comercios por la población, de sensación de «guerra civil y social inminente»⁹. Así, la primera tarea, impuesta por la fuerza de las circunstancias, fue «rescatar a nuestra Nación del abismo tétrico en que la encontramos»¹⁰. El efecto de esta presentación del caos como contexto de aparición es la neutralización ideológica de las políticas escogidas para sortear la situación. La gravedad de las circunstancias impone *per se* las soluciones. No hay elección: lo posible coincide con lo necesario. Lo que pasa a primer plano no es el tipo de solución elegida, sino el acto de haber hecho «lo que se debía hacer». La capacidad de responder a la gravedad de la situación pone de costado la calidad ideológica de la respuesta. La política, en tanto actividad de elección de caminos posibles, vuelve a aparecer —tal como en el peronismo clásico— como lujo, como discusión vacía, diletante, dilatoria de la toma de decisión, pues el contenido de ésta, dada la gravedad de la hora, no puede sino ser uno. El contenido de la decisión es autoevidente, por tanto la política es redundante. Si la

⁷ Este rasgo ha sido definido por Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Op. cit.*, pp. 27-58.

⁸ La hiperinflación estalló en febrero de 1989 y produjo una crisis de gobernabilidad que forzó la renuncia del presidente Alfonsín y la asunción anticipada (julio en lugar de diciembre) de Menem, quien había ganado las elecciones en mayo.

⁹ En Baizan, Mario: Desde el Poder. Carlos Menem responde, *Corregidor, Buenos Aires, 1994*; p. 31.

¹⁰ Menem, Carlos: «A modo de presentación», en Baizan, Mario, *Op. cit.*; p. 10.

gravedad de la hora es directamente proporcional a la necesidad de dejar a un lado la política (entendida en los términos antedichos), entonces la política es posible sólo en tiempos de estabilidad y armonía; la política no sirve para solucionar conflictos, sino para administrar la bonanza. Política y conflictividad se excluyen.

El menemismo se presenta como pura inauguración, como actor cuyo ingreso en la escena política constituye el renacimiento de la Nación, dejando la historia precedente vacía. Ese vacío alcanza incluso a la distinción de régimen político: el menemismo no tiende a inscribirse en la continuidad de la democracia reabierto en la Argentina en diciembre de 1983. Cuando refiere a la historia reciente, el discurso menemista engloba más bien dictaduras y democracia. La línea de fractura será 1989, lo cual indica que la distinción democracia-dictadura es subsumida en la distinción caos/decadencia.

Esta concepción de la decisión como lo autoevidente y la política como debate que se recrea en sí mismo, se liga a la conversión de la palabra del opositor en opinión interesada. Esa opinión interesada, que no es dicha en nombre del bien de la Nación sino en función de oscuros intereses de círculo, no puede provenir sino de un ámbito: el de la política¹¹, o el de los que se escudan en otras áreas de la vida pública para en verdad hacer política (por ejemplo, los periodistas)¹².

Menem suele replicar cualquier crítica de sus opositores afirmando que «nadie que no sea honesto» puede no ver lo que él mismo está viendo, es decir, no puede no sostener la posición que el presidente sostiene. El paso siguiente consiste en vincular a quienes disienten con la crisis que postró al país durante años, hasta la llegada del actual equipo de gobierno. Son los políticos o los sindicalistas¹³ o los periodistas o los malos empresarios, pues los simples ciudadanos, el pueblo, sabe que el presidente lleva razón.

¹¹ Este rasgo aparece en el peronismo clásico como otro elemento de lo que Sigal y Verón han denominado vaciamiento del campo político, en Op. cit., pp. 79-86.

¹² El periodismo crítico ha sido blanco predilecto de la palabra presidencial. Menem ha calificado reiteradamente de «delincuentes periodísticos» a quienes realizaron investigaciones sobre corrupción en su gobierno. Un

periodista del principal periódico opositor fue golpeado por bandas a sueldo de un alto dirigente peronista en 1993. Días antes de su última victoria, Menem sugirió a una periodista de la CNN no emitir una entrevista que le había concedido, molesto por las preguntas que se le habían formulado. La noche que obtuvo su reelección, el presidente calificó su victoria como un triunfo contra los medios y solicitó

que éstos le pidieran públicas disculpas por haber informado sobre encuestas que no reflejaban el porcentaje de votos que finalmente obtuvo.

¹³ La inclusión del sindicalismo (peronista) en el colectivo de los críticos interesados es un rasgo relativamente novedoso en el discurso peronista-menemista. Sólo relativamente, pues uno de los primeros rasgos del discurso del peronismo

clásico fue la estigmatización del sindicalismo «que contaminaba de política los sindicatos», en alusión a los grupos de tendencia socialista o comunista, de importante presencia en los años 40. Lo novedoso resulta que ahora estos sindicalistas opositores son peronistas. Esto podría aclarar que para el menemismo el ser opositor es más importante que el ser peronista; o bien que el ser oposi-